

FAMILIA

M A Y O





Qué piensan de la guerra nuestras damas

(CONTINUACION)

CON LA HIJA PREDILECTA DE UN PRESIDENTE

—Qué sabemos de la guerra?—Un evangelio de amor y caridad.—
Amigos de todos; enemigos de nadie.

—Por favor, implora después de su cariñosa bienvenida, no me interroque Ud. Yo no soy mujer cuyos nervios le permitan presentarse al público. Por lo demás, mis opiniones no pueden interesar a nadie, son las vulgares, las de todo el mundo...

(;Qué bien sienta, pensamos, la modestia en el rostro de una mujer!)

—Y tampoco, continúa su voz acariciadora y triste, tampoco quiero fotografiarme. No me obligue a convencerme de que los años y las penas dejaron en mí sus huellas.

Protestamos inútilmente.

—Usted no puede ser cruel conmigo. Usted no puede hacerme sufrir. Deme su palabra de que no va a aparecer mi nombre.

—Pero por qué no?—insistimos cariñosamente.

—Porque me haría sufrir, porque ni siquiera podría dormir en paz. Ya está, prométame que me va a guardar el incógnito.

—Prometemos todo lo que nos pide.

—Conversemos en cuanto amigas, dice su voz ya más reposada, pero siempre en guardia.

Y yo dejo que de sus labios fluyan las palabras del discurso que tendrá que llevarnos por la fuerza de las cosas al tema obligado, al tema obsesionante, la guerra.

Llegamos a ella hablando de la miseria, de estas ollas de los pobres que acostumbran al pueblo a recibir alimentos, sin dar trabajo en cambio. Las comparábamos con los talleres que el gobierno francés ha establecido en todas las comunas y que teniendo el mismo objeto filantrópico que las ollas, carecen de los inconvenientes de éstas.

—Yo admiro en esta guerra, me dice, la previsión de los gobiernos; la admiro por contraste de lo que ocurre entre nosotros.

—Y a quiénes admira más? aprovechamos para preguntar.

—Admiro a los alemanes, su constancia, su método, su optimismo. Dicen que los alemanes no eran libres, que vivían en la más cerrada tiranía. Yo no creo que ellos sufriesen por un yugo insoprible. Al contrario, los alemanes eran uno de los pueblos más felices de Europa. Somos nosotros los que creemos que eran esclavos, porque les aplicamos el concepto latino de libertad que no reconoce barreras. Además, yo no puedo olvidarme, no puedo desatenderme de que en esta guerra los alemanes están solos contra el mundo. ¿Austria? ¿Turquía? Más le vallera no tenerlos de aliados.

Además, ¿qué sabemos nosotros de la guerra? ¿Tenemos certeza de algún hecho? Todas nuestras fuentes de información son parciales. La verdad no la sabremos hasta que pasen muchos años y el tiempo traiga a los espíritus la serenidad necesaria para juzgar.

Amiga mía, dice ella, si admiro a los alemanes no detesto a los aliados. Nosotros, los chilenos, no debemos tener odios en esta guerra. A los franceses les debemos nuestros balbuceos de arte, las mo-

das, los usos sociales, tantas ideas de cultura. Inglaterra nos trató siempre en cuanto grande y buena amiga; nuestro comercio le debe capitales y garantías. Los alemanes nos han ayudado a cimentar el ejército y a robustecer el edificio de la educación pública. ¿Por qué olvidar todo esto ahora, abanderizarse en un campo y luchar contra los otros? No me explico estos odios. Hay tantas cosas grandes y pequeñas que nos dividen, que nos alejan, que ponen barreras en nuestra sociedad para que las mujeres añadamos otra más con nuestras violentas antipatías o simpatías en la guerra. Todos esos pueblos que hoy luchan y sufren merecen nuestro amor. Nuestra divisa, la divisa de las mujeres chilenas en esta guerra debiera ser: "amigos de todos; enemigos de nadie".

Durante toda la conversación que siguió no pude olvidar este evangelio de amor y caridad. Si todos pensáramos con esta bondad y esta altura de miras, cómo se haría de fácil y llevadera la vida...

CON LA Sra. DELIA MATTE DE IZQUIERDO

Encontramos a la señora Delia Matte de Izquierdo cuando subía a su automóvil. Al vernos hizo ademán de descender.

—No se moleste, señora, yo puedo volver otro día.

—Dígame, por qué ha llegado Ud. tan tarde, nos dice tendiéndonos su mano y su sonrisa.

—Porque vengo de ver a una señora cuyo encanto me retuvo más de lo que yo suponía.

—Entonces, está disculpada. Voy a bajar.

—Por favor, no. Yo puedo muy fácilmente...

—No. Lo que ha de ser será, y yo la esperaba para que charláramos un rato. Dígame, ¿cómo le va a Ud? ¿Está contenta? me pregunta mientras atravesamos el vestíbulo en cuyos vitraux se reflejaba lánguidamente el sol de la tarde.

—Me va bien y en este momento estoy muy contenta.

—Se contenta Ud. con bien poco, dice mirándome con sus ojos elocuentes y sabios. Estar contenta en esta vida gris y triste de Santiago, en este mundo falto de espíritu y de color...

Ya está instalada en su sitio de costumbre, en un rincón oriental recamado de sedas y tapices, y mientras habla yo sigo, más que sus palabras, el sonido cristalino de su voz juvenil, el ritmo variado y ondulante de sus ademanes, las complejidades de su sonrisa, la mirada intensa de sus ojos negros.

En su estilo cortado, abstracto y enigmático ella continúa, mientras yo pienso que su conversación es intraductible en palabras escritas. Nunca podrán estas diminutas marcas negras en monótono desfile sobre el blanco papel dar la sensación de su discurso en que al través de cada palabra pareciera divisarse un horizonte espiritual, inexplorado y vastísimo.

Las palabras son símbolos y a veces símbolos estrechos y mezquinos, y los discursos suelen tener como los desiertos, mirajes. La personalidad de Delia Matte hace pensar en la pequeñez de los símbolos, en los mirajes y en los oasis de los desiertos. Produce el deseo intenso de seguir conociéndola, de atravesar por las rendijas de sus palabras para acampar en el horizonte inexplorado y vastísimo que parece divisarse en las profundidades de su yo.

—No me explico—dice, después de que nuestra conversación ha desflorado innumerables tópicos—no me explico cómo la gente no se coloca delante del fenómeno, cómo pueden permanecer germanó-





filos después que se les ha presentado los horrores de Bélgica, las atrocidades alemanas. Es horrible! Es ilógico! Delina no los quiere creer; su bondad se lo impide. Sara tampoco, aunque veo que ya va evolucionando. En casa de Lucia yo discuto apasionadamente en contra de ellas. Es fatal. Yo estoy con los franceses, con los aliados. Pero tampoco soy partidaria de que destrocen a Alemania.

—¿Cómo?

—Nada de compensaciones territoriales en Europa. Están fuera del tiempo. Ya no se puede hacer conquistas de pueblos. A cada cual debe entregarse lo que es suyo y nada más. A Francia, la Alsacia y Lorena, por ejemplo. ¿No le parece? Los rehenes claman ven-



muerte de otro. Pero que los triunfantes hagan medio de esterilizar la acción de los vencidos de hoy. Hay que volverlo a la cordura de la paz.

—¿De modo que Ud. cree que esta guerra contribuirá al triunfo del pacifismo?

—Sin duda. Lo que vemos son los estertores de un mundo. Vendrá otra época.

—¿Y qué piensa Ud. de la actitud de Italia?

—Que llegará demasiado tarde. La derrota ha entrado ya a Alemania. ¿Ha visto usted los últimos retratos del Kaiser? Son los de un hombre que divisa la muerte. Ha principiado la discordia entre los que ayer no discutían.

Señora Della Matte de Izquierdo.



Sra. Dora Puelma de Fuenzalida y Sra. A. Labarca H.

ganza; las provincias conquistadas llevan al corazón de los hombres el amor y la compasión y el odio. Pasiones fatales. Son el germen de futuras guerras. ¿No lo estamos viendo en nuestro propio país?

—Entonces, ¿cómo podría indemnizarse a Bélgica?

—Hay compensaciones espirituales también, señora. El país mártir ha ganado ya la veneración del Universo, se ha sobrepasado a sí mismo, ha entrado en el dominio de lo épico, de lo sobrehumano, de lo exelso. Cristo, señora, necesitó de la crucifixión para ser nuestro Dios. La Bélgica es el Cristo de las naciones modernas.

—Luego, ¿no se impondría castigo alguno a los alemanes?

—Se les esterilizaría.

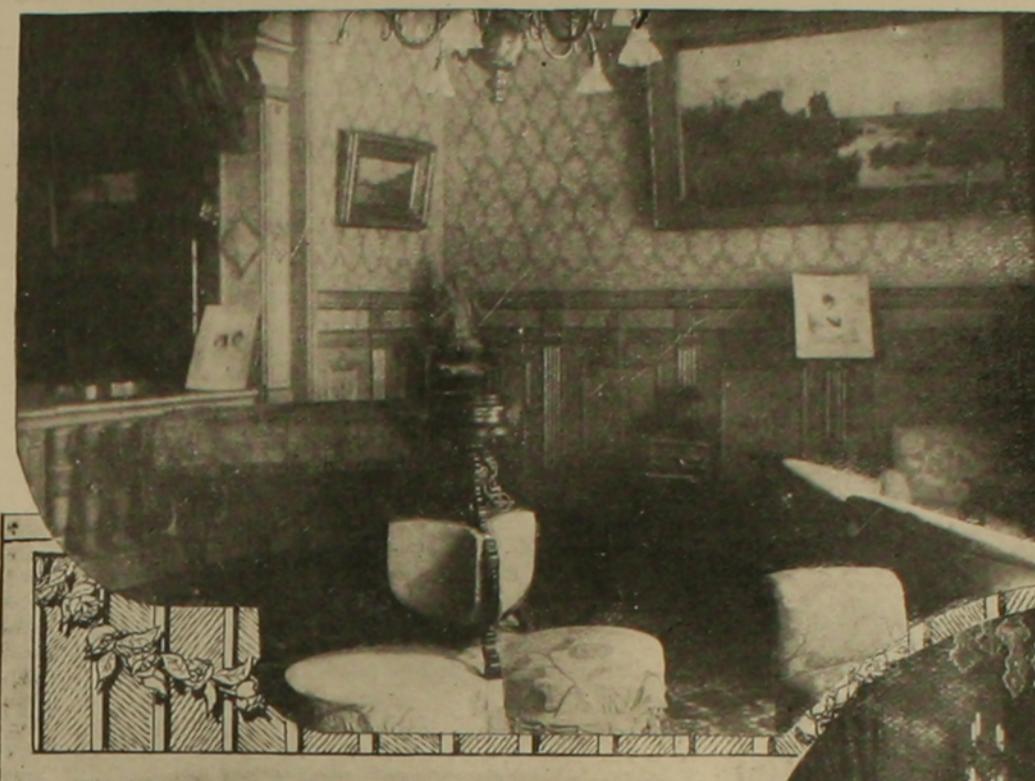
—¿Cómo? preguntamos en suspenso.

—Se esterilizaría su mente; se haría inofensivo su espíritu sacándoles la locura del militarismo y de la conquista mundial. Este es su veneno. Hay que sacárselo y dejarlos vivir inertes. Que vivan, que trabajen; que se regeneren. Ningún pueblo tiene derecho a decretar la

Se cambian generales y se pide la destitución de los cancilleres. Malos signos. Los cosacos bajan como un torrente a las llanuras de Hungría. Viena sucumbirá. El final de la guerra está próximo.

En la tenue claridad del salón oriental se hubiera creído que pisaban por sus





Salón de recepciones de la casa de la señora Della Matte de Izquierdo.

ojos zahorces visiones proféticas, como si por anuencia del Espíritu hubiera descendido una llama de fuego a iluminar una inspirada profetisa los designios oscuros del porvenir.

CON LA PRESIDENTA DE LA SOCIEDAD ARTISTICA FEMENINA, Sra. DORA PUELMA de FUENZALIDA

La pesadilla de la guerra.—La paz, la paz.—El espíritu francés.—El método y la organización alemanas.

—Yo no deseo otra cosa, dice la joven y linda señora, que la guerra termine pronto. Hoy es la pesadilla del mundo; una larga pesadilla trágica, de la que ansio que despertemos todos al alba de la paz.

Se queda un momento pensativa. Como en un espejo perfecto se reflejan en su rostro los pensamientos. Parpadean sus grandes ojos y luego continúa:

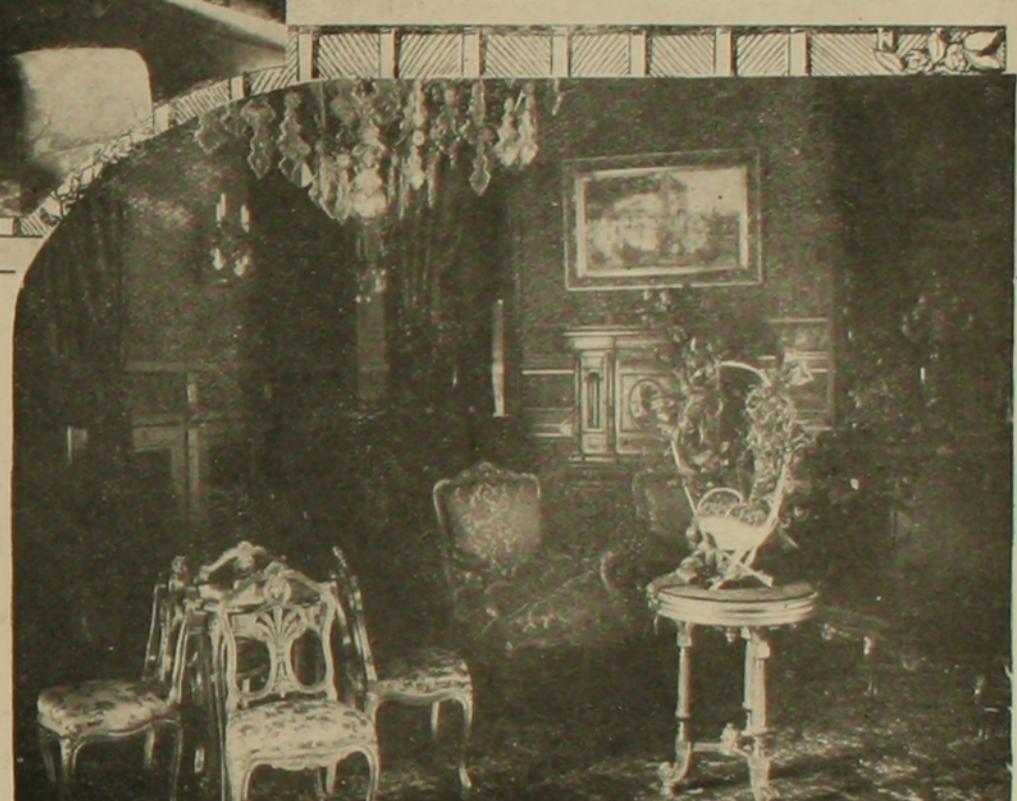
—Las mujeres amamos la paz y nuestro espíritu que apenas sabe de otra cosa que de amar y sufrir, se rebela en contra de la残酷, de la injusticia, de la inhumanidad de la guerra. No comprendo las mujeres guerreras. Sé que las hay, contagiadas por el virus de los otros; pero no puedo simpatizar con ellas.

Vuelve su rostro a reflejar concepciones hondas, luchando con una dulce timidez. No la ayudo; no la interrogó y espero que se transformen en palabras sus medrosos pensamientos.

—Tal vez deseo el triunfo de los aliados porque Francia representa para mí una suprema aspiración de arte; sin embargo, a la victoria de ellos preferiría el triunfo del pacifismo; que esta fuera la última guerra y que después la humanidad pudiese vivir, trabajar, soñar en la serenidad de la paz.

Atraviesa una sonrisa temerosa su semblante y como excusándose de antemano de lo que va a decir, añade:

—No me gusta el orden, la precisión, la matemática corrección alemanas. Las encuentro anti-naturales, anti-estéticas. El método ahoga el arte; la regularidad mata



Salón Luis XVI de la casa de la Sra. Délia Matte de Izquierdo.

las iniciativas. Los grandes artistas germanos no vivieron en los tiempos del militarismo.

Se detiene, creyendo tal vez que ha ido demasiado lejos y a una insinuación mía, me invita a ver sus cuadros, sus últimas producciones. Se alejó de nuestras mentes el fantasma de la guerra y al lado de ella, en la serenidad de su estudio, al arrullo de sus palabras, comprendimos la dulzura infinita de la paz.

A. L. H.

